

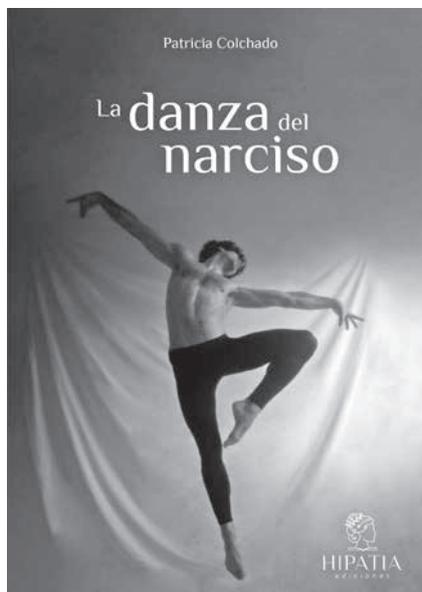
# La danza del narciso

JOSÉ DONAYRE HOEFKEN

**L**a *danza del narciso* (2021) de Patricia Colchado (Chimbote, 1981) es una *nouvelle* sobre el dolor, la pérdida (por muerte no esclarecida o por desaparición) y los secretos familiares. Elementos que se van exponiendo para crear ondas concéntricas que perfilan a los personajes en función de Agustín, el protagonista. La historia inicia de una manera magnífica: «Así como los recuerdos son invenciones, los sentimientos son invisibles» (12). Una primera clave de lo que ha de ocurrir en los terrenos de la memoria, la identidad y la transfiguración. Lo que sigue es una dosificación inteligente de lo que promete esta semilla tan bien sembrada en el primer párrafo.

El devenir del sustrato se encargará del resto, para que surja el misterio: la madre de Agustín desapareció cuando este tenía diez años, y alrededor de él hay dos personas que lo aman: Marlon y Micaela, de alguna manera prolongaciones de una madre que, incluso, carece de nombre, y no en vano la letra eme en ambos casos evoca a la figura materna, al mito, a la tragedia y al complejo de Edipo, sin que ello sea fortuito. De esta manera, en la novela todo tiene un propósito y una función. Un trabajo de relojería en tanto el artefacto que nos dibuja/desdibuja la autora nos lleva a tiempos subjetivados.

Patricia Colchado propone una narrativa con enraizada carga simbólica. El gato de Agustín, llamado Dunkel, es un hilo turbador a lo largo de la trama. Un felino oscuro de bigotes azules, color que el protagonista vincula con la alegría, pero no con la felicidad que puede suponer su madre. La alegría es un sentimiento grato y vivo que suele manifestarse con signos exteriores. La felicidad, en cambio, es un estado de grata satisfacción espiritual y física. En el ámbito simbólico, Dunkel resulta más importante que Micaela y Marlon. Dunkel significa oscuro en alemán. Así, los ciclos se van definiendo como la alternancia de los espacios oscuros y los de florecimiento del narciso (Agustín). El ciclo Dunkel es propicio para el registro íntimo como medio para evadir la realidad. Y la danza se muestra como elemento para existir.



## La danza del narciso

Patricia Colchado  
Hipatia Ediciones  
Lima, 2021  
112 pp.

Agustín es bailarín, pero también escritor. Escritor de un diario personal. Micaela es lectora, cinéfila y animal político. El encuentro entre ellos y la relación que cultivan está signada por lo casual. En sus diálogos iniciales de tono poético, Agustín le confiesa a Micaela, en segunda clave, que no sabe lo que es real. Pero el contexto sociopolítico es muy particular y su mención pretende anclar el vuelo poético para evitar que la historia se dispare hacia una absoluta irrealidad. Es el año 2000. Un presidente-candidato que pretende ser nuevamente presidente a como dé lugar. Y un oponente dispuesto a enfrentar el fraude. Son los tiempos de la Marcha de los Cuatro Suyos (julio de 2000). Micaela y Agustín se conocen en ese tiempo de decisiones. Ella participa. Él se niega a hacerlo. Y esta es una pista para entender el conflicto de Agustín. La posterior mención del poemario *Ariel* de Sylvia Plath es la tercera clave de la novela. El libro póstumo de esta poeta estadounidense se suele considerar como una preparación para el suicidio.

De esta manera, la narración es muy rica en guiños y significaciones, y vale la pena detenerse en dos: en el narciso y en la teoría del color que propone Agustín. La mención a la flor del narciso: narciso en cuanto flor, y narciso en cuanto hombre que cuida demasiado de su arreglo personal, que caracteriza tanto a Agustín como a Marlon. Así, Patricia Colchado juega con estas y otras acepciones con el objetivo de conocer el origen de Agustín: la Fiesta del Narciso; sus padres se conocieron rumbo a Múnich tras celebrar el florido festival en la ciudad austriaca de Bad Aussee.

Sobre la teoría del color de Agustín, el azul alude a la alegría. La tristeza es de color amarillo, y el púrpura es más críptico y misterioso por lo que el personaje busca su significado. Hay preguntas que dan virajes reflexivos a la narración y una de ellas tiene que ver con la intriga de los colores: “¿qué eran los colores?, ¿acaso solo sombras de esos significados?” (19). Asimismo, en cuanto a las visiones que tendrá Agustín, se tiene la siguiente afirmación: “Otras veces veía colores. El gris era el color más insistente” (55). Resulta también interesante saber que la felicidad, según Agustín, “no tiene color” (96). Cuando su madre desapareció (su madre, que es la personificación de la felicidad), se llevó un color que no era el azul.

Esta es solo la parte visible del iceberg que nos propone Colchado, pues la *nouvelle* se despliega hacia los ensayos para el estreno de *El lago de los cisnes*, y se potencia con oportunas explicaciones en torno a Kafka, Mishima, Nijinsky y Gautier, y llega al clímax con el dibujo de Agustín con la cabeza llena de grillos que representan una marea de voces (98).

Esta segunda edición de *La danza del narciso* incluye dibujos de la autora (la primera edición se publicó en 2011), y se produce en un momento de crispación política aún más intenso que el vivido en julio de 2000 en el que se contextualiza la novela. Vuelta de tuerca oportuna que nos enrostra que no todo tiempo pasado fue mejor y que somos incapaces de aprender de nuestra historia reciente.